

I.- INTRODUCCION

Ya hemos señalado, al comenzar estos libretos, que las cartas a los corintios abordan una muy variada cantidad de temas, de tal forma, que resulta difícil realizar un estudio ordenado de los mismos; sin embargo, y dentro de nuestras posibilidades, hemos tratado de hacerlo. Así, en este caso, luego de considerar el Tribunal de Cristo, donde se han de juzgar nuestras obras, ahora procuraremos ver de qué manera podemos presentarnos ante el mismo con las mejores posibilidades. Es decir, se trata de conocer, para luego experimentar, las condiciones de vida que se requirieren, para que un siervo de Jesucristo sea aprobado en el examen que ha de realizar el Señor, cuando todos los redimidos vayamos a Su presencia.

La Biblia utiliza muchas figuras para enseñarnos las más profundas lecciones espirituales y, naturalmente, para entenderlas mejor debemos remontarnos a la época y lugar donde vivían los destinatarios de las Escrituras, como eran en este caso los corintios; por cuanto tenían costumbres, en ciertos casos, bastante diferentes a las nuestras. El otro punto que también deseamos destacar es que, entre tantas ilustraciones que utiliza Pablo, hemos elegido la del atleta porque la historia de Grecia ha llegado en forma muy completa hasta nuestros días, y se puede ampliar este libreto en la parte secular con cualquier texto que trate ese tema a nivel de colgios secundarios. Pero además, creemos que todas las otras figuras que aquí no mencionamos, debieran estudiarse detenidamente, en forma personal, para aplicarlas a nuestra propia vida y experiencia cristiana, porque sin lugar a dudas, todas ellas son de un alto contenido espiritual.

II.- ANTECEDENTES

La ciudad de Corinto tenía un origen antiquísimo; según algunos historiadores, en ese lugar ya había habitantes 18 ó 19 siglos antes de Cristo y, de acuerdo con la mitología griega, fue fundada por Sísifo, quien además, y según esas mismas fabulosas leyendas, había instituido los "juegos ístmicos" en honor de Poseidón, rey del mar, los cuales se llevaban a cabo en ese lugar cada tres, cuatro o cinco años.

Es precisamente a ellos a los que se refiere Pablo cuando quiere enseñar estas lecciones espirituales, pues eran perfectamente conocidos por todos los corintios y, aunque no fueron tan importantes como los juegos olímpicos, igualmente reunían atletas de todas las ciudades griegas, que competían en luchas, carreras, saltos, lanzamiento del disco y de la jabalina; así como en poesía y música. De todo este conjunto de actividades, el Apóstol elige dos, que le servirían magníficamente para ilustrar su propia experiencia como creyente y siervo de Jesucristo: la lucha y la carrera. Además, es muy interesante señalar que el único premio que se daba a todos los vencedores, era simplemente una corona de laureles, en Olimpia, o abetales en el Istmo, pero que se apreciaba enormemente por parte de todos los participantes, y de allí el tremendo sacrificio que realizaban para llegar a obtenerla.

III.- EL ATLETA

De acuerdo con las referencias históricas, que son muy bien tomadas en cuenta por Pablo en esta oportunidad, los participantes de los juegos debían reunir tres condiciones fundamentales:

1) Linaje: todos los competidores debían acreditar tener sangre puramente griega en su ascendencia; de lo contrario, no podían intervenir en los juegos.

2) Preparación: era necesario demostrar una consagración al ejercicio y la práctica del deporte en el cual se iba a intervenir que no podía ser menor de diez meses, y de ello se pedía un juramento previo a la participación en el mismo. Esta es la razón por la cual había numerosos gimnasios en todas las ciudades griegas, así como profesores capacitados que instruían a los atletas en las respectivas disciplinas.

3) Respeto a las leyes: no se trataba solamente de haber llegado primero a la meta o vencido al adversario, sino haberse sujetado en todo a lo establecido por los jueces de la competencia, porque de lo contrario serían descalificados. Así, existía un lugar determinado para cada deporte, el cual debía respetarse, como también las ropas que en cada caso podían utilizarse o de las cuales debían desprnderse.

Estas tres cosas encierran muy importantes lecciones espirituales para los creyentes, porque nos ponen frente a una realidad innegable, cual es tener la seguridad que somos hijos de Dios, que formamos parte del linaje de los renacidos por el Espíritu Santo; de lo contrario este tema no podemos abordarlo, antes tendríamos que hablar de la salvación que aun no podemos. Pero tampoco podemos quedarnos estancados en el hecho inicial; sino que cada uno, que ya pertenece a Cristo, ha de comenzar una larga, paciente y consagrada preparación, mediante la cual estará, cuando el Supremo Juez lo establezca, en condiciones de participar de las labores para las que El mismo le ha capacitado.

Por último, es muy interesante recordar el respeto a las leyes, pues Pablo amplía este tema diciendo que nadie puede ser "coronado si no lidiare legítimamente" (2 Ti.2:5). Es decir, en la vida cristiana debemos someternos en un todo a la Palabra de Dios y ajustar nuestros actos a cuanto allí se establece. Hemos de luchar con toda verdad, amor y humildad, sabiendo que lo estamos haciendo como ciudadanos del Reino de los cielos y es allí donde, en definitiva, vamos a recibir los galardones que nos correspondan si acaso hemos vencido en nuestra lucha.

IV.- EL ADIESTRAMIENTO

Queremos referirnos con más detenimiento a este punto, puesto que así también lo hace el Apóstol en esta oportunidad, tanto al expresar que "aquel que lucha de todo se abstiene" (vers.25); como también cuando habla de sí mismo diciendo: "Hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre" (vers.27). De manera que si un siervo de Jesucristo, que había alcanzado las más altas cumbres espirituales, debe continuar en ese ejercicio cristiano, ¿cuánto más hemos de hacerlo nosotros, que aun estamos en el valle de las luchas y temores?

En consecuencia, el adiestramiento requiere cumplir con la ley del discipulado: negarse a sí mismo y tomar la cruz cada día; esta es la razón por la cual muchos creyentes que ocupan cargos o realizan tareas en la iglesia, jamás obtendrán galardones; sencillamente porque no pasaron previamente por el doloroso camino de la crucifixión y han hecho las cosas carnalmente. Un atleta, para obtener la corona, debía sufrir mucho durante todo el tiempo que le demandaba la preparación; así también, un siervo de Jesucristo tiene que padecer el dolor de clavar cada día en la cruz, el hombre viejo, la carne con sus afectos y concupiscencias (Gá.5:24). Esta es la única manera de perder el amor a esas cosas malsanas, como también dejar nuestro propio orgullo de la vida, todo lo cual es del mundo y desaparecerá (1 Jn.2:15-17).

Pero además de todo ello, también están las cosas legítimas a las cuales debemos renunciar, como son tantos afectos humanos que muchas veces nos impiden la preparación o directamente el servicio al Señor (Mt.10:37-38; Lc.14:26-27). Nos decía nuestro Director en la Escuela Bíblica ADARSA: "¿Cuántas veces las madres, que han orado por sus hijos para que sean fieles al Señor, luego se oponen a que ellos entren en el ministerio porque temen que se alejen de su lado!". De allí que el Maestro puso severas condiciones para aquellos que deseaban seguirle y que tenían ataduras familiares (Lc.9:59-62), o amor a las cosas materiales (Mt.19:16-24).

Por último, una adecuada preparación significa quitarle horas al sueño para dedicarlas al servicio cristiano, sea de oración, como en las tareas a las cuales se nos convoca. Quizá sufrir hambre, persecución o el martirio por el Bendito Redentor; todo y del todo por El. Pero también, en este tiempo del fin, somos llamados a testificar que creemos en la Biblia como la Palabra de Dios inerrable e infalible, y en todas las doctrinas bíblicas del cristianismo; por último, que jamás negaremos el Nombre de nuestro Salvador, Esto y mucho más que podríamos decir, constituye la preparación.

para que un fiel siervo de Dios pueda alcanzar victorioso la meta en la carrera que le ha sido propuesta: una intensa vida de santidad (Fil.3:12-16)

V.- EL PREMIO

En los juegos olímpicos, dijimos, una corona de laureles era el premio; en los ístmicos era confeccionada con ramas y hojas de los pinos o abetos del lugar; mientras que en el cielo hay diferentes galardones, de acuerdo con nuestra fidelidad y servicio al Señor (Ap.22:12). Así podemos citar estas coronas:

- 1) De la vida, por la fidelidad hasta la muerte (Ap.2:10)
- 2) De gloria, por un ministerio fiel (1 P.5:1-4)
- 3) De justicia, por el amor a Su Venida (2 Ti.4:8)
- 4) De oro, por una vida de santidad (Ap.4:4)
- 5) Incorruptible, por una vida abstinentes (1 Co.9:25)

Todas ellas y quizá muchas otras que no son mencionadas específicamente en la Biblia, requieren una fidelidad y constancia permanentes hasta que seamos llevados a la presencia del Señor: "Retén lo que tienes para que ninguno tome tu CORONA" (Ap.3:11). Esto significa que los premios serán otorgados a quienes son capaces de mantenerse en el estado en el cual alcanzaron la seguridad de obtenerlo; de lo contrario, esos galardones pueden perderse. Aquello que nadie puede arrebatarnos es la salvación eterna, pues hemos sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Ef.1:13-14), por pura gracia divina (Ef.2:8-10); pero una cosa diferente es el premio que nos será otorgado a través de un servicio prestado, de acuerdo con las obras que hemos hecho por medio del cuerpo (2 Co.5:10).

VI.- ENSEÑANZAS

1) Esta lección nos obliga a revisar nuestra experiencia salvadora para verificar si pertenecemos al linaje celestial, pues de lo contrario, jamás podríamos servir al Señor como corresponde y, lamentablemente, no entraríamos en el Reino de los cielos (Jn.3:3 y 5).

2) Debemos procurar, cada día, una intensa vida de santidad, para así estar preparados para recibir al Señor (1 Ts.4:3; He.12:14; 1 Jn.3:3).

3) Es importante la obtención y luego la preservación de todos aquellos galardones que Cristo ha prometido a los suyos, de acuerdo con su fidelidad y servicio a El (1 Co.9:24-26; Ap.3:11).

4) Tenemos que predicar estas cosas, recordando que es necesario y fundamental, hacerlo con el ejemplo (1 Co.9:27; Gá.6:14).